

INTRODUCCIÓN

Reconocer nuestra propia invisibilidad significa encontrar por fin el camino hacia la visibilidad

Mitsuye Yamada

Quienes se dedican a la investigación saben que detrás de cada trabajo se cobija una historia habitualmente omitida. La de estas páginas se ha de buscar en un curso celebrado en la Universidad de La Laguna en el año 2008 titulado *Mujeres y Migraciones*.¹ En aquella ocasión, y coincidiendo con que el citado año fuese declarado *Año Europeo del Diálogo Intercultural*, el plan de organizar un debate en torno al concepto de la *migración* cobró forma al unirlo al de las *mujeres* para construir un binomio irrevocable al que enseguida me referiré.

En un mundo paulatinamente globalizado quizás la herramienta más eficaz para el acercamiento entre culturas sea el diálogo. La prevención y la solución de conflictos requieren, necesariamente, de ese utensilio. Un medio para concienciar a la población de que su paisaje está cambiando, de que el movimiento humano hace que convivamos en un espacio de diversidad cultural cada vez mayor y, por tanto, se hace necesario aprender a respetar y comprender a esas culturas diferentes a la nuestra para construir las nuevas sociedades emergentes.

En cualquier caso, la dinámica natural del estudio hace que una cosa lleve a la otra y que cuando estás alcanzando el horizonte trazado ya tengas delante

¹ Celebrado del 19 al 23 de mayo de 2008 en la Universidad de La Laguna en el seno del *Instituto de Estudios de las Mujeres (IUEM)* de dicha Universidad.

otro hacia el que caminar. Desde aquel curso de *Mujeres y Migraciones* hasta este volumen de *¿Visibles o invisibles? Mujeres migrantes, culturas y sociedades* han pasado dos fructíferos años en los que decidí aprovechar todas las sugerencias y las ideas que emanaron durante el desarrollo de las citadas jornadas. En este contexto me ha parecido oportuno recabar una serie de colaboraciones que aportasen un enfoque más plural al tema inicial.

De hecho, me atraía de manera particular que se pudiera conceptualizar, en cierta medida, la palabra *migración*. Es decir, que apareciera presente y definida, a través de los diferentes artículos, en un sentido más amplio de lo que actualmente connota. Entender esta palabra extensamente utilizada incluyendo tanto la idea de traslado como la de las consecuencias culturales, éticas, lingüísticas, identitarias, etc. que derivan de dicho traslado, teniendo en cuenta que tales efectos tendrán lugar tanto en el territorio de recepción como en el de origen.

Al mismo tiempo, consideré sugerente construir un binomio conceptual firme con las palabras *migración* y *mujeres* porque la visión en femenino de estas nuevas sociedades resulta altamente interesante e imprescindible. Se me ocurrió pensar en las mujeres que se van y en las que se quedan en esos procesos migratorios, en los entramados culturales que se están gestando y, en definitiva, en lo que parece ser un nuevo orden social. Me interesó, además, cómo el léxico se va generando para dar cabida a un nuevo pensamiento y, por ejemplo, a la cada vez más usada palabra transnacional se le van añadiendo otras como *feminismo*, *familias* o *madres*. Al hilo de este asunto aparecerá, en el transcurso del estudio, el concepto de la visibilidad y de la invisibilidad. La visibilidad sobredimensionada y sustantiva marcada por esos pañuelos que visten las musulmanas junto a la invisibilidad que supone el trabajo doméstico o la ausencia de derechos que afecta a tantas y tantas mujeres, porque no debe escaparse de nuestra atención que la feminización de las migraciones representa una realidad social y económica sorprendente de los últimos tiempos.

Esa feminización de las migraciones ha venido a romper el estereotipo del inmigrante varón que se desplaza por un tiempo determinado o con la expectativa de la reagrupación familiar, puesto que la aparición de contingentes de mujeres catalogadas como *emigrantes* reta dicho estereotipo y obliga a replantearse las relaciones, por ejemplo, entre los que se quedan, sacando a la luz nuevas dinámicas familiares. Por otra parte, al hombre que emigra se le supone una decisión natural y acorde a la propia ambición masculina que le empuja a progresar en la vida. En cambio, a las mujeres se les arranca tal capacidad decisoria negándoles un protagonismo y una presencia que sin duda tienen.

En definitiva, se siguen reproduciendo los principios y las estructuras patriarcales, razón por la que el enfoque de género se hace imprescindible para poder estudiar en profundidad el fenómeno migratorio global.

Asimismo, es necesario analizar las repercusiones económicas, sociales y políticas que la irrupción de las mujeres migrantes tiene en nuestras sociedades, con especial atención en lo que a la garantía de sus derechos y al estatuto de ciudadanía se refiere. Téngase en cuenta que estas mujeres cubren en su gran mayoría los oficios de las denominadas cadenas globales de cuidado, es decir, las labores vinculadas al cuidado de los demás y el trabajo doméstico. A lo anterior se ha de añadir la prostitución. De este modo, una vez más, se perpetúan las estructuras patriarcales con sus desigualdades e injusticias.

Por todas las razones aquí esgrimidas, la perspectiva de género (o «prisma de género», como gusta denominarlo la filósofa Susan Moller Okin) se va imponiendo paulatinamente y de modo transversal tanto en la producción científica como en las aulas universitarias, hasta el punto de que los conocimientos sobre la vida y la historia de las mujeres que van afluyendo están cambiando las estructuras de la vida académica. Tomo de Martha Nussbaum un ejemplo significativo de este hecho: en la Universidad de Harvard, el economista Amartya Sen imparte un curso sobre hambre y hambruna en el que sus estudiantes aprenden a observar la distribución de comida a través del «prisma de género». Así, evalúan el número de mujeres del mundo denominadas «mujeres perdidas» porque, probablemente, han muerto por infanticidio selectivo, por falta de cuidados nutricionales y de salud, diferentes a los que se dedican a los hombres. El balance contable del profesor Sen habla de cien millones de mujeres que faltan en el mundo por razón de su sexo.²

En relación a esta noticia se podrían plantear muchas cuestiones, pero en lo que a estas páginas se refiere me interesa hacer hincapié en dos: una de ellas es cómo el lugar desde el que se observa puede cambiar la imagen que se reciba. La familia como fuente de amor, cuidado, seguridad e, incluso, justicia deviene bajo esta nueva vigilancia un lugar pernicioso para las mujeres, quienes pueden ser lenta o rápidamente asesinadas al calor familiar. Por otro lado, se ha de reflexionar sobre los datos emitidos por la prosperidad de una nación entre los que, a menudo, no figurará la situación de las mujeres.

Así las cosas, este libro se nutre de una serie de textos científicos narrados con un estilo accesible e interdisciplinar y procesado con vocación reflexiva. Todos ellos tratan de dar respuesta a los ejes temáticos trazados para el presente volumen, dividido a su vez en dos importantes bloques: de un lado, el dedicado a la *Ética, sociología y cultura* y, de otro, el de *Género e islam*. En

² Aunque, dado el año en que el estudio se ha llevado a cabo, la cifra deberá ser revisada. Véase Amartya Sen, «More than 100 million women are missing», *New York Review of Books*, edición de Navidad, 1990, pp. 61-66 apud. M. C. Nussbaum, *El cultivo de la humanidad*, Barcelona, Andrés Bello, 2001, p. 198.

ellos, las diferentes aportaciones se disponen según la tradicional estructura que va de las cuestiones más teóricas y generales hasta llegar a los estudios de casos.

Al primer bloque pertenece el trabajo de Gabriel Bello Reguera, quien elabora una reflexión normativa en la que ofrece una cartografía actual de la ética de las migraciones, titulada *Perspectivas éticas sobre la emigración*. En su análisis plantea el abordaje interdisciplinar de las migraciones desde el Derecho y las ciencias sociales tomando como referente normativo único el marco de los derechos humanos, sustrayendo la pluralidad de enfoques éticos, especialmente referidos a la concepción de la ciudadanía, la humanidad y la justicia, que sería necesario estimar de forma crítica. Para el profesor Bello Reguera, es una tarea imprescindible, desde el pluralismo ético, intentar dilucidar qué cuestiones se deben juzgar y desde qué criterios normativos respecto a las migraciones, claro que para ello es necesario desautorizar el lenguaje que trata a las migraciones con términos deshumanizadores como «flujo» o «corriente», como si fuera un fenómeno natural, o que considera «accidentes» el riesgo y el maltrato que suele llevar el viaje migratorio.

Consecuencias de esta dinámica será la invisibilidad o su contrario, dependiendo de los contextos y objetivos políticos, las diferencias entre los inmigrantes legales e ilegalizados, entre mujeres —identificadas con la otredad cultural y religiosa, y destinadas a trabajos precarios como nuevas clases de servidumbre en lo sexual y en lo doméstico y el cuidado— y hombres, entre diversas procedencias culturales y religiosas juzgadas como más o menos «asimilables», entre otras cuestiones que son en estas páginas desarrolladas y analizadas con absoluto rigor.

En su *Migraciones, feminismo y multiculturalismo: ¿cómo trazar los límites de lo tolerable?*, María José Guerra Palmero da cuenta de las tensiones entre distintas posiciones feministas y determinadas utilidades del argumento cultural o «multicultural» para no cuestionar o «mantener» la subordinación de las mujeres. Este asunto plantea repensar el concepto de tolerancia en el contexto presente de las migraciones y del encuentro de patrones culturales y religiosos no transidos por el criterio normativo de la igualdad entre hombres y mujeres. El feminismo ha sido una disidencia cultural ligada a la Ilustración pero, hoy por hoy, tiene alcance planetario. En este sentido, la autora presenta la reconstrucción de las distintas fases por las que ha ido transitando la polémica entre feminismo y multiculturalismo en torno a las disonancias y rupturas que plantea el cruce de la opresión de género con el peso de las diversas tradiciones culturales y religiosas.

María José Guerra se propondrá así la controvertida cuestión de cómo trazar los límites entre lo que debemos tolerar, respecto al ámbito de las prácticas

culturales —las nuestras y las de los otros—, y lo que no debemos tolerar. Los conflictos culturales de mayor calado tienen que ver con el papel social de las mujeres, con su visibilidad o invisibilidad derivadas de las transgresiones y/o reforzamientos de las tradiciones y costumbres. Las propuestas que se vierten al final del capítulo atenderán a lo que se puede denominar el «laboratorio intercultural del feminismo transnacional» y a la exigencia de contemplar las diferencias culturales en un marco que permita analizar las desigualdades socio-económicas y políticas y la opresión patriarcal.

Respecto a Carmen Gregorio Gil, la invité a participar en calidad de antropóloga social para que relatara las implicaciones que conlleva comprender la cultura del «otro», entendiendo ésta como un conjunto normativo de creencias en principio compartidas por todas las personas que tienen en común un lugar de procedencia, ya sea éste geográfico, cultural o religioso. El resultado de tal demanda se titula *Fronteras de género y cultura en el contexto de la «Fortaleza Europa»* en gran parte porque estructura su discurso en torno a la emergencia de fronteras simbólicas como las «procreativas», «étnico-culturales», «sexuales» y «reproductivas». A través de estas demarcaciones imaginarias, la profesora Gregorio Gil desarrollará su análisis en clave feminista como estrategia para desvelar las raíces androcéntricas, etnocéntricas e, incluso, colonizadoras, en la conformación de la representación social del colectivo denominado «mujeres inmigrantes».

Pensé en Laura E. Trujillo Ortega para que escribiera sobre la migración de largo plazo y las relaciones fraguadas en el entorno de las familias de migrantes. En éstas se intercambian no sólo noticias y remesas, sino también sentimientos de pertenencia, bienestar y autoestima, conformándose fuertes redes sociales transnacionales. Su trabajo *Globalización, migración y familias transnacionales* nos enseña que la característica esencial del actual éxodo serán los lazos que se mantienen con el lugar de origen como parte de la vida cotidiana. Debido al abaratamiento y la velocidad de los medios de comunicación, la migración deja de ser un proceso de dirección única, de manera que donde antes una frontera abría la puerta a un ajeno mundo sin retorno, ahora desdibuja la línea de la nueva nación convirtiéndola en territorio de la naciente identidad transnacional.

Además, tal y como lo explica Laura Trujillo Ortega, esa identidad ya no se corresponde con la de un inmigrante desheredado de su patria y cultura, sino que es la de un actor agente en el cambio territorial de su nueva identidad binacional. A todo ello ha contribuido la tecnología, pero también la reconceptualización social sobre el derecho a la diferencia, el respeto y el apoyo a los grupos minoritarios.

A Isabel García Gálvez le sugerí la idea de esbozar la herencia bizantina en la geografía de los Balcanes, el sureste europeo y la Europa Oriental, cuya ca-

racterística principal ha sido y sigue siendo la tradicional convivencia multiétnica y multiconfesional de pueblos bajo distintos denominadores a lo largo de su historia: romanos, árabes, eslavos, francos y otomanos, entre otros. Además, se ha de tener en cuenta que, desde época remota hasta la relativamente reciente creación de los Estados modernos, los cambios de población —expatriaciones, deportaciones, refugiados, migraciones, etc.— han sido una constante en estos territorios.

En el trabajo titulado *Mujer y nación: cambios de población de ámbito griego en el sureste europeo*, por lo tanto, la profesora García Gálvez se ocupa de desatar el papel de la mujer en el citado proceso histórico, aferrado a la transmisión de la *paideia* oral y a la cultura popular de cada pueblo, que ha posibilitado, junto a otros factores, la cohesión cultural y nacional de las distintas comunidades en convivencia pacífica o bélica. Sus páginas tendrán por protagonistas los casos del helenismo moderno y contemporáneo —Grecia y Chipre— y de sus relaciones con los pueblos en contacto: sefardíes, armenios, turcos, griegos y chipriotas.

Por otra parte, Dolores Torres Medina ofrecerá al lector, con su trabajo *La mujer inmigrante en Gran Bretaña: ataduras sociales y culturales*, un análisis ordenado y sugerente de la situación de las mujeres inmigrantes pertenecientes a las comunidades originarias de Bangladesh y Pakistán. La autora lleva a cabo un paso previo en su estudio al hacer un breve recorrido histórico de la inmigración en Gran Bretaña, desde la década de los cincuenta hasta la actualidad, con el fin de contextualizar y comprender mejor la situación de las mujeres de las citadas comunidades. La realidad que vive este colectivo será el objetivo primordial de sus páginas, centradas en áreas como la familia, el matrimonio, la educación y el empleo, y en cómo su condición de inmigrantes se ve agravada por las tradiciones y presiones sociales propias de su entorno.

La idea de destinar un bloque a tratar de forma exclusiva diferentes aspectos englobados bajo el rótulo de *Género e islam* surge, precisamente, en los debates que siguieron a diferentes conferencias impartidas en el curso ya citado de *Mujeres y Migraciones*. En aquel entonces se puso de manifiesto que la visibilidad de un colectivo de mujeres migrantes resaltaba por encima de las demás con diferencia. El interés suscitado por temas recurrentes como el *hi-yab* o pañuelo islámico hizo que me detuyese en esta cuestión y que solicitara una serie de trabajos en los que se indagara en la relación entre las mujeres y el islam o, más propiamente dicho, que analizaran algunos aspectos referidos a mujeres del ámbito árabe islámico.

En esta dirección se encuentra mi propia aportación, *Mujeres, musulmanas y migrantes. Señas de identidad en construcción*. En sus páginas he aglutinado los resultados obtenidos en los últimos años en los que he estado ocupada en

estudiar la estrecha conexión que existe entre las mujeres y las culturas. Este aspecto, unido al de la migración, me llevó a definir el concepto de *individuo frontera*. De manera que, enlazando este concepto al complejo universo de las culturas y de las mujeres, construyo un instrumento de análisis sugerente que me lleva a revelar cómo las mujeres actúan a modo de *individuo frontera*, transportando su cultura de un espacio a otro. Por supuesto que en tal trasvase se producen filtraciones de su bagaje en otros contextos y, en consecuencia, se generarán toda suerte de combinaciones y mezclas muy difíciles de predecir.

Así, me he interesado en especial por la particular e histórica relación que existe entre las mujeres y las culturas para detenerme brevemente en la vida observada desde el espacio tradicionalmente femenino, es decir, el doméstico. Desde ese patrimonio común a las mujeres me detengo en los estereotipos que prevalecen acerca de las musulmanas y sus realidades, un colectivo abatido ante esa doble discriminación: la de género y la de su ascendencia cultural y religiosa. Por último, intento establecer, a través del concepto de *inconsistencia de estatus*, la manera en que las mujeres migrantes y musulmanas van construyendo unas nuevas señas de identidad, negociadas éstas con su propio entorno de origen.

A Yasmina Romero Morales, acorde con su línea de investigación actual, le pedí que escribiera sobre dos mujeres singulares que ella conocía bien. Me refiero a Carmen de Burgos (1867-1932) y Aurora Bertrana (1892-1974), dos viajeras y periodistas cuyos textos muestran la visión que ambas autoras, como occidentales, obtuvieron de las mujeres norteafricanas a principios del siglo XX. La autora desgrana en *La mirada de dos viajeras al norte de África en los albores del siglo XX: Carmen de Burgos y Aurora Bertrana* dicha visión, para ilustrarnos cómo estas periodistas no sólo continuaron la construcción mítica de Oriente sino que reforzaron su imaginario, forjado éste de modo arbitrario y sin base real. Con los escritos de estas autoras podemos comprobar que los estereotipos y tópicos vigentes sobre las mujeres de la cultura árabe islámica no son en absoluto producto de la historia reciente sino que provienen de la relación histórica entre el islam y Occidente.

Muy próximo al trabajo anterior se encuentra el de Clara Yuste, *Estrategias discursivas y representación iconográfica de mujeres, musulmanas, migrantes: entre la hostilidad, la condescendencia y la fascinación*. En este caso, la autora se ha decantado por fuentes de diferente procedencia: medios de comunicación escritos y audiovisuales españoles, Internet, literatura, cine, relatos de viajes, entre otros, para categorizar —en sus propias palabras— «un importante listado de estrategias discursivas y de estereotipos iconográficos» que sugieren al lector un cambio de enfoque que rebase la mirada etnocéntrica occidental.

En una línea muy diferente, Djaouida Moualhi tuvo el cometido de trabajar, sobre la base de cien entrevistas a mujeres inmigrantes magrebíes localizadas en España e Italia, la construcción de relaciones interpersonales y la participación en el tejido asociativo. El resultado de su trabajo se titula *Redes sociales femeninas en la inmigración magrebí: regulación, prácticas y roles simbólicos*. En él se puede observar cómo estas mujeres mantienen importantes lazos sociales en las sociedades de acogida, a veces incluso más que con sus propios compatriotas. Además, comprobaremos que un buen número de estas mujeres emigraron solas, procedían de zonas urbanas y tenían un nivel de instrucción alto, rompiéndose así ciertos estereotipos arraigados en las propias sociedades de acogida.

Por otra parte, Djaouida Moualhi se detendrá en examinar aquellos factores que facilitan el contacto con los distintos grupos en interacción, así como en describir con detalle el impacto de las redes sociales, observando los efectos tanto negativos como positivos que puede tener cada tipo de red.

Como ya he dicho líneas arriba, bajo la premisa de que en este volumen se reunieran las visiones más plurales sobre la migración en femenino, y en esta sección especial dedicada al islam, les solicité a Nassara Cabrera Abu y a José Abu-Tarbush su participación en este volumen, pidiéndoles, en concreto, que escribieran sobre unas mujeres migrantes muy particulares, las mujeres palestinas. A mi sugerencia respondieron con su artículo *El movimiento de la mujer palestina: entre la agenda nacional y el género*. En él realizan una importante labor de síntesis al relatarnos el detalle cronológico del movimiento de mujeres palestinas, inserto en el de las mujeres árabes en general, que tuvo lugar a finales del siglo XIX y comienzos del XX. Asimismo, estudian el papel que las mujeres de la comunidad palestina van a tener en el contexto de la reconstrucción del movimiento nacional, tanto aquellas que viven en el exilio como las que permanecen en los territorios ocupados. En sus páginas se encontrará, por una parte, el relato de una comunidad de mujeres que representan la fracción más débil de una población civil, víctima propicia en los episodios de violencia política. Por otro lado, pone de manifiesto situaciones curiosas desde el punto de vista del género, como es el hecho de que la ocupación haya anulado la frontera entre el espacio público y privado, o que ante la violencia y hostilidad generalizada, las mujeres jóvenes hayan optado por la educación superior como una póliza de seguros que les garantice una vida mejor.

Finalmente, quisiera concluir estas líneas expresando la enorme satisfacción obtenida a lo largo del proceso de elaboración de este volumen en el que he aprendido tanto sobre género y migración pero, especialmente, he constatado que el progreso y el nivel de desarrollo de un país puede advertirse de

muchas maneras, aunque la más sencilla consiste en reparar en el estado en el que viven y se desenvuelven sus mujeres.

Por todo lo dicho, tengo una gran deuda de gratitud hacia las autoras y los autores por su participación en este proyecto que comenzó siendo un empeño personal, si bien sus colaboraciones lo han convertido en un logro colectivo de —sin duda alguna— mayor excelencia de la que pude haber concebido.

Asimismo, agradezco a mis compañeras del Instituto Universitario de Estudios de las Mujeres de la Universidad de La Laguna su apoyo absoluto en la edición de este trabajo, en especial a mi buena e incondicional amiga Yasmi.

Por último, hago constar mi reconocimiento al equipo de investigación a cuyo marco de estudio se incorporan estas páginas, insertándose en el proyecto de I+D «Diferencias genérico-culturales y desigualdades económicas» (HUM2007-650099/FISO) del Ministerio de Educación y Ciencia de España.

En Santa Cruz de Tenerife, a 5 de agosto de 2010